

El predocumento de Santo Domingo

La cultura

Rafael Carías

500 años después de la primera los obispos latinoamericanos programan una nueva Evangelización porque las condiciones son otras. Algo nuevo está sucediendo en Latinoamérica y esa novedad puede expresarse en términos de cambios culturales: la civilización de la técnica irrumpe portadora de una mentalidad consumista y hedonista, las iglesias libres de corte evangélico y fundamentalista traen consigo sus culturas de origen.

El panorama cultural es novedoso social y religiosamente, avanza de norte a sur mostrando definidos rasgos anglosajones en la visión del mundo y en la actitud religiosa individualista, comienza sus pasos fuertes y decididos con las minorías "hispanas" de los centros urbanos de USA, sigue por la especial zona de influencia en el área del Caribe, Puerto Rico en primer lugar, luego Guatemala (25% de la población ya evangélica), regiones de México, Panamá, más al sur en diverso grado Brasil, Perú y Bolivia, llegando hasta las comarcas australes de los archipiélagos de las costas de Chile. El papel de trabajo de la IV Conferencia da a entender que los cambios culturales son una referencia de primer orden para orientar la Evangelización: de aquí el título mismo del texto: "Una nueva evangelización para una nueva cultura".

El enfoque cultural de la evangelización es acertado ya que la cultura envuelve todo el hombre y a toda la agrupación humana. La cultura se encuentra a un nivel profundo de apreciación y tiene una función integradora de las actividades humanas y sociales. Orientar la evangelización según coordenadas culturales es muy beneficioso para la cultura misma y para el empeño evangelizador.

DEMASIADO ENFASIS EN LO CAMBIANTE DE LA CULTURA

Correspondiendo a la iniciativa de quienes, al divulgar este material de trabajo, pidieron algunos aportes, este artículo quiere señalar algunas precisiones respecto al núcleo de las culturas en transformación (números 402 al 492). En primer lugar analicemos el concepto de cultura tal como se explicita en el texto (números 404-414): En la definición de cultura entra

el elemento genérico de su índole vectorial hacia el entorno natural, humano y divino. Se destacan los efectos valorativos en la conciencia. Igualmente las concreciones de índole institucional: normas, costumbres. Por último se menciona el carácter procesual de la cultura, siendo el hombre el agente principal en la emergencia y transformación.

Notamos que este texto utiliza un concepto de cultura predominantemente genérico y fluido. La cultura es ciertamente una relación, pero ¿su especificidad? También la dimensión biológica relaciona al hombre con el ambiente natural y humano. Nos preguntamos cuál es lo típico humano que constituye y funda la relación específica cultural.

Notamos en el texto (número 405) que los valores que se expresan en las estructuras sociales e institucionales son calificadas como "motivaciones" y como instancias "subjetivas". Este texto pudiera ser más preciso: el que el valorar sea una acción inmanente al hombre, no quiere decir que no tenga una dimensión intencional y señala algo objetivo en sí, que rebasa lo puramente subjetivo. La cultura es esencialmente valorativa, y el valor no está sólo en la apreciación (relativismo perceptivo) sino que denota una propiedad del objeto captado. Si el valor cultural careciera de fundamento en el objeto y fuera solamente una función del sujeto, por esto mismo se descalificaría. Lo valorado tiene en sí la característica de exigir valoración. Valor intrínseco, independiente del contexto subjetivo. Así, la familia, como creación cultural, tiene un valor intrínseco, que será muy difícil relativizar y reducir a una apreciación subjetiva.

El carácter procesual de la cultura ocupa un lugar desproporcionado con mengua de los contenidos que se han relativizado y subjetivado. No caba duda de que los procesos culturales existen y que la cultura también tiene su historia, pero más importante que eso es el sujeto de esa historia, esto es, cuál es el continuo cultural que es sujeto de modificaciones, crecimiento, etc. En otras palabras qué es lo que constituye la identidad cultural.

Esta perspectiva de contenido y de continuidad no recibe en el texto que analizamos un tratamiento adecuado. Ese as-

pecto representa para el individuo y los pueblos algo de suma importancia. El individuo se identifica con su propia cultura ahondando en sus raíces y así adquiere consistencia histórica y moral. En cuanto a la importancia de la identidad cultural para los pueblos recordemos el caso del Papa Wojtila que ha dirigido notables esfuerzos para contribuir a preservar el patrimonio cultural de su pueblo.

Es curioso que esta revista cuya fama no es ciertamente de tradicionalista, recuerde a los enfants terribles del documento de Santo Domingo que las dimensiones estáticas (de contenido como, patria, familia) y de continuidad (raíces, tradición) y de valor objetivo (superiores a la misma vida) no han de ser subvaloradas respecto a las dimensiones fluidas de "proceso", "intercambio", "historia" y "encuentro". Está bien ser historicista y reconocer que lo real es procesual, pero no hay que exagerar pensando que la cultura es un fluir sin sujeto, y que en un momento dado no pueda preguntarse qué es lo que fluye, qué es lo que cambia, que no se puede hacer un corte transversal en el proceso y dimensionar el haber cultural y sentir su peso y magnitud.

El peso de la cultura no es pequeño. En realidad todo gran movil histórico es en esencia de índole cultural. No es la economía o las desigualdades sociales lo que en una forma de nivelación utópica dinamizan la historia, sino los requerimientos vitales de las culturas amenazadas (o en expansión). Estas situaciones culturales conducen al enfrentamiento entre los pueblos. La guerra, "padre de todas las cosas", tiene a su vez su padre, la lucha agónica por la supervivencia cultural. La historia universal, de consolidación y disolución de imperios, vista de cerca, es el empeño por mantener o aumentar el espacio cultural. La cultura que se defiende, y la que avanza geográficamente, en términos tradicionalistas, la cultura condensada, acumulada aquí y ahora, es la que se hace y se siente grande desde su pasado continuo. Digámoslo una vez más, la fuerza de la historia es la cultura, y la fuerza de la cultura está en su contenido y en su continuidad.

EL CASO LATINOAMERICANO: ¿CULTURA O MOSAICO DE CULTURAS?

La insistencia con que una y otra vez decimos que la prioridad del contenido y de la continuidad de cultura debe reconocerse frente a su dimensión de ser susceptible de transformación, es porque estos prerequisites teóricos se manifiestan en toda su vigencia cuando se aplican al caso concreto de la realidad cultural latinoamericana. Con todo derecho puede uno preguntarse: en estos 500 años de "historia" cultural latinoamericana, ¿no se habrá condensado una cultura? ¿No habrá sido suficiente medio milenio para

que se densificara una cultura mestiza y cristiana en Latinoamérica? ¿Dónde está? El texto que analizamos escamotea la respuesta. Acude al plural, habla de multitud de culturas, que "ahora" se encuentran con otras culturas foráneas advenientes, de diverso signo, unas secularizantes, otras de corte fundamentalista religioso. En otras palabras: el mosaico (culturas indígenas, minoritarias, agrarias, suburbanas, etc.) de base latinoamericana es el sujeto de este segundo encuentro con poderosas culturas foráneas. El resultado sería un segundo mestizaje cultural, imprevisible, que reclama una evangelización adecuada. Pensamos que esa posición, el mosaico, no corresponde a la realidad. La apreciación de ese así llamado pluralismo cultural parece proceder de un observador de afuera, que desconociera la trama fundante de lo cultural de la mayoría de la población latinoamericana: esa trama que pasa por la unidad de la lengua y transita por los valores familiares del niño y de los ancianos, ambos cercanos a la muerte al mismo tiempo temida y domesticada, y sigue por la cotidianidad ritual y cíclica, la mansedumbre y el sentido de dependencia de Dios. Sorprende que el texto mencione alguna de estas características (número 417) y no capte todavía la unidad cultural latinoamericana. Existe pues como resultado de esos largos siglos de mutua influencia lo que se llama el "hombre latinoamericano", más notable por lo que tiene de común que por sus diversidades regionales que, aparte de las etnias aisladas, podían denominarse subculturas. Lo común adyacente es el haber que constituye la identidad profunda, que es el punto de partida de las modificaciones culturales propias de estos tiempos. Este núcleo central es así mismo objeto de agresión injusta por parte de la avalancha prepotente de las nuevas culturas.

ENCUENTRO DESIGUAL ENTRE CULTURAS

Hay culturas que se entrecruzan; el texto que estudiamos toma este hecho como un acontecer normal y necesario, y al fin y al cabo el ser de las culturas es un fluir, fundirse con otras y volver a partir por vías diversas a manera de delta, una verdadera hidrología cultural. El texto no se plantea la posibilidad de que esos encuentros sean desiguales, injustos, que no respeten los derechos de una cultura dada. Sin embargo hay desigualdad, prepotencias e injusticias en algunos de esos encuentros. Y eso es soslayado en este papel de trabajo. Hay culturas tenaces, fuertes, que salen airosas de tales encuentros. Sabemos que no todo encuentro es equitativo. No lo fue el de hace 500 años. En los tiempos actuales cuando son tan grandes la técnica y el desarrollo de los programas de información y comunicación, es evidente que el encuentro de las

culturas en sentido norte sur sea desigual.

Fijémonos en especial en el caso del proselitismo de las llamadas iglesias libres (evangélicas, pentecostales) y de los otros grupos como los Mormones y Testigos de Jehová. En primer lugar dado el temperamento latinoamericano, toda decisión que comprenda lo confesional abarca otros campos de vinculaciones y por lo tanto la nueva confesión "reformada" tiene un efecto segregativo.

Además, por encima de este factor divisivo tengamos en cuenta la desigualdad del encuentro: de un lado está el pueblo latinoamericano, de índole sometida por su estado de sumisión, empobrecimiento y marginalidad. Los proselitistas por su lado parten de una plataforma poderosa, bien dotados en técnica, organización y recursos humanos en gran parte procedentes del medio que misionan.

Este inmenso aparato organizativo técnico y cuidadosamente preparado funciona implacablemente. Encuestas recientemente realizadas en México muestran que ésta marcha proselitista no ha disminuido su paso aún después de la visita del Papa. Los objetivos de esta actividad no son de integrar nuevas doctrinas sino en base al fundamentalismo, demonizar la religiosidad existente, renegar de ella y desconocer la autoridad religiosa. Esto provoca el desquiciamiento de las vinculaciones culturales internas de la familia latinoamericana, ya que en la trabazón de los elementos integrantes de la cultura, los distintivos y vinculaciones religiosas están tan fuertemente ligadas a las demás, que al cambiar aquellos se quebrantan las restantes. Estamos, pues, no ante un simple cambio de confesión, sino ante un cambio de cultura y mentalidad, ya que todo cambio confesional, por ser fundante, constituye un cambio cultural.

Esta desigualdad de la agresión cultural (no solamente confesional) plantea muchas preguntas: ¿está el pueblo latinoamericano jurídicamente indefenso frente a esa amenaza de perder su identidad? ¿Es el derecho al proselitismo prioritario frente al derecho de los pueblos a su propia identidad cultural? Si el pueblo está moral y jurídicamente indefenso (como parece desprenderse de la perspectiva simplista de que la transformación, cualquier transformación, pertenece a la esencia de las culturas) ¿cómo se librará del etnocidio? ¿Qué es lo que hace que el etnocidio sea crimen? ¿Los medios? ¿La extensión de la destrucción de la cultura? ¿el tiempo que tarde el proceso?

El problema grave de determinar los alcances jurídicos de la defensa de la identidad cultural, como el de determinar los límites (éticos y jurídicos) del proselitismo y la forma legal de mantenerlos no puede negarse. La identidad de las mayorías latinoame-

ricanas se ve amenazada; pero esta amenaza no se percibe como lesión jurídica, y este hecho comparable a situaciones de las etnias sometidas a desarraigo debe plantearse ante la historia y ante la conciencia cristiana. Este planteamiento ético-jurídico, que bien pudiera hacerse en el foro excepcional de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, tendría más fuerza si se atendiese a las observaciones presentadas aquí en el sentido de hacer valer un contenido de cultura a nivel latinoamericano con su correspondiente unidad.

CULTURA DE LA POBREZA. CULTURA URBANA

La cultura de la pobreza es empleada como adjetivo (número 421) algo común a varias culturas y es la expresión de una situación forzada y que conduce a la desorganización social. A estas sociedades desorganizadas se las estima peligrosas por las tensiones provenientes del contraste inmediato con otras sociedades en mejores condiciones económico-sociales.

Observamos en este contexto que paradójicamente hay pobres marginados que comienzan en condiciones muy adversas a crear su propia cultura y llegan a organizarse en pobreza con creatividad y cohesión. Esto ya no es la cultura adjetiva de la pobreza sino una cultura pobre, sustantiva, de alcance positivo. Vale la pena percibirla y destacarla.

La cultura urbana es presentada en el texto con un acento de inevitabilidad. Las megalópolis son un hecho, y no se toma una posición valorativa respecto de ellas, sino se las mira solamente como un reto pastoral. Esta posición tiende a minusvalorar las ciudades procedentes de las épocas anteriores, pertenecientes a una cultura sedimentada, ciudades de dimensiones moderadas pero en consonancia con la cultura prevalente. Todavía ese modelo urbano tiene vigencia por sus cualidades de ser sede de convivencia humana. Parece que el texto acepta como un hecho las cortaduras culturales y no se toma el trabajo de ir a las raíces. Para finalizar, proponemos que este acontecimiento cinco veces centenario, siga siendo punto de partida para aceptar los retos pastorales del presente y futuro inmediato, tomando en cuenta el innegable haber cultural mestizo que recoge lo autóctono y lo hispano. Es la hora de insistir en robustecer la cultura nuestra y hacer valer sus derechos frente a las agresiones e intromisiones lesivas. El reto de la nueva civilización está menos en adaptarse a situaciones nuevas (lo urbano, lo secular, lo pluriconfesional) cuanto en que consciente y cristianamente el latinoamericano se reencuentre consigo mismo, se acepte y se reconozca, y desde esa fortaleza autoconciente proclamar ante el mundo el contenido de su fe.